

# LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA DEMOCRATICO DE LA MAÑANA.

DIRECTOR: D. JUAN MANUEL MARTINEZ.

Jueves 2 de Mayo de 1872.

NÚM. 144.

AÑO II.

## DOS DE MAYO!!!

1808.-1872.

España gemía bajo la tiránica planta de la degradada borbónica raza; un rey imbécil abandonaba la dirección del Estado y la honra de la patria a los libidinosos caprichos de una mujer, en lo impura mas degradada que Mesalina; al lado de aquella mujer, de María Luisa, crecía y se elevaba, con escándalo universal, un miserable jugador, Godoy, cuya gratitud al monarca expresaba, profanando el régio tálamo y queriendo parodiar el orgullo de Lerma, la insensatez de Olivares y el cinismo de Valenzuela.

Familia maldita la familia borbónica! Contaba en su seno a un adolescente; en lo supersticioso, Vitelio; en lo gloton, Galba; en lo cobarde, Caracalla; en lo cruel, Calígula; en lo deshonesto y torpe, Nerón; era discípulo del canónigo Escobiqui; su alma infame gozaba patentizando las liviandades de su madre, su podrido corazón deleitábase en la burla de su misero padre: Fernando se llamaba el monstruo.

Perecido había la Convención, ahogando en sangre la primera república francesa las crueles facciones capitaneadas por Danton y Camille Desmoulins, por Robespierre y Saint-Yust, y de las ruinas de la revolución había brotado Napoleón Bonaparte, ambicioso un corazón, déspota sin entrañas, semilla de tiranos, de traidores raza, azote de Europa y escándalo del mundo, expiación de un pueblo, y verdugo de Francia, en cuyas muñecas están, frescas aún, las cicatrices de las cadenas con que en esclavitud oprobiosa la ha mantenido mas de tres lustros, el escéptico conspirador del Eliseo, el ídolo de barro del Luxemburgo, el cobarde derrotado de Sedan, Napoleón exterminador, gran organizador de expediciones de carne humana a Cayena.

Aletargada España, sufría inerte la influencia mortífera de la Inquisición con su Consejo: de los ayuntamientos de regidores peripetuos; del monacismo pujante, de la aristocracia corrompida.

Vió Napoleon a España, y creyéndola muerta, aterró a los monarcas, se impuso al príncipe de Asturias, lanzó sobre sus campos la flor de sus genizaros, y encomendó la traidora tarea de unir al carro de sus conquistas a sus condecorados lacayos.

Y apareció Murat con la librea de los ambiciosos, rodeados de los comparsas de la muerte Daumesnil, Grouchy, Belliard, Lefranc, Lagrange y Frederich; y Madrid los contempló con ira; y no se aterró por los alardes de fuerza de la extranjera horda.

Y apareció el inmortal Dos de Mayo de 1808, el famoso día de la épica batalla; la luz inextinguible de la gloriosa jornada; y Madrid, como España, se vieron solos, solos por completo, solos en absoluto; abandonados de la aristocracia, cuyas hermosísimas mujeres, festejaban en sus salones a los aventureros campeones del Titan francés; abandonados del Consejo de Castilla, que les mandaba degradarse obedeciendo; abandonados de la Inquisición, que doblaba la rodilla ante el verdugo del duque de Enghien; abandonados del ejército, destruido por un rufián, desorganizado por el bufón de la guerra de las naranjas, por el imbécil y negado Godoy.

Y sonó la hora de la expiación del hombre de las Pirámides, y el pueblo se lanzó a la lucha, y Madrid y España resucitaron de un letargo de trescientos setenta años, y el pueblo, solo, pero creyente, abandonado a sí mismo y lleno de nobles esperanzas, heroico y sublime, entero de nobles esperanzas, heroico y sublime, entero y bravo, sereno y altivo, contestó en esta capital a las recibidas afrentas, rompiendo el fuego sobre la famosa guardia imperial que acorralaron por momentos Gonzalez y Malasana, diezmando a los mamelucos, mermando la caballería, Batres y demás héroes, pulverizando compañías de granaderos fornidos, Ruiz, Velarde, Daoiz.

Cobarde é infame la Junta, infame y cobarde Negrete, nuestra tropa rugió de ira, presa en los cuarteles, y únicamente el pueblo se batió; se batió para morir, pero triunfando; para ser hecho pedruzcos; pero venciendo; para que la afrancesada aristocracia le calificase de populacho, pero para que también la historia consignase en su libro de oro tan inmortal hazaña.

Concluida la pólvora; concluidas las piedras de chispa; acorralado por miles de hombres el pueblo, roto, pero no vencido; cadáver Ruiz; asesinado Velarde; cosido Daoiz a bayonetazos; dueños los franceses de Monteleón, cesó la epopeya, y la tragedia empezó.

Mujeres del pueblo; ancianos del pueblo, niños del pueblo, hombres del pueblo, fueron hechos pedruzcos a dos metros del Tívoli; acuchillados salvajemente en el patio del Buen Suceso; a bayonetazos triturados en la Moncloa. Después de una promesa de olvido, una escena de matanza; tras algunas horas de heroísmo, un drama de caníbales.

Murat se alimentó de sangre el día Dos de

Mayo de 1808; Murat se desayunó con sangre el día 3 de Mayo de 1808, y a su sangrienta mesa asistieron Frederich y Lagrange, Lefranc y Belliard, Grouchy y Daumesnil.

Pasaron los pavorosos días, y el pueblo español, bravo y enérgico, contestó al grito del pueblo de Madrid, y Palafox y Castaños, y Mina y Reding, y Manso y el Empecinado, y Merino y Juan de Pablo, alzaronse en rebelión santa contra los caducos poderes del absolutismo de un lado, contra la ambición desatentada de Napoleón de otro.

Los títulos y los grandes, en su gran mayoría, estaban al lado de Napoleón: a María Luisa bastaba con su Manuel, con su infeliz Manuel, con Godoy, el esposo adúltero, el presunto rey de Portugal, el espoliador de la fortuna pública, el favorito sin honra, el traidor a la patria; a Fernando sobraba con felicitar a Napoleón por sus conquistas, pedirle en matrimonio una princesa de la familia imperial, adular a Talleyrand, delatar a la policía francesa a los emisarios de la Junta Central de España que le pedían órdenes y resoluciones en favor de la patria, y consumir las noches en inmundas orgías, gastando los días en criminales galanteos: a Carlos IV le era indiferente todo, todo, incluso su deshonra y degradación.

El pueblo, el pueblo se levantó en Madrid y en Valencia, en Barcelona y Cádiz, y después de una memorable lucha de cuatro años, arrojó mas allá del Bidasoa a los soldados aguerridos del ambicioso y desleal emperador.

El pueblo, el pueblo escribió con su sangre la página de su redención en Madrid: la narración de su triunfo en las tres epopeyas de Zaragoza: el epílogo de sus hazañas memorables sobre los pulverizados muros de Girona.

No hay un palmo de tierra en la hidalga páa de Agustina Zaragoza, que no esté salpicada con la generosa sangre de los héroes de la guerra santa de la Independencia nacional.

El pueblo, el pueblo hizo mas: combatió con una mano al extranjero falaz, escribió con otra el código sacrosanto de sus impercederas libertades, y del levantamiento de España brotó la Constitución de 1812.

Y corrieron los tiempos, y pasaron los meses, y Napoleon, el tirano de Europa, murió clavado en la estéril roca de Santa Elena.

Y corrieron los tiempos, y volaron los años, y Fernando firmó impasible las sentencias de muerte de sus salvadores, las condenas a presidio de los que, librando a España del extranjero, le proclamaron su rey.

Y desaparecieron las épocas, y la hija del déspota, déspota fué, y los liberales, a metralla fueron barridos, y la borbónica familia ajustó alianzas con los odiados príncipes de la francesa estirpe.

Y al fin de una guerra de siete años, guerra civil entre los campeones del absolutismo y los defensores de la libertad, guerra escrita con las lágrimas, con la sangre, con el heroísmo y con el entusiasmo de los hijos del pueblo, perseguidos fueron los liberales, y los absolutistas protegidos.

Y hubo un día en que un general español, el general Concha, se vió silbado por la opinión pública, exacerado por el pueblo de Madrid porque pretendió bastardear los impercederos recuerdos del Dos de Mayo en Madrid.

Cayó aquel Gobierno, y tras él y a los pocos años cayó la dinastía origen de nuestros males, sepultándose en abismos insondables de desprecio y burla, de escándalo y humillación. Resucitó de nuevo el pueblo, y se dió leyes y redactó un código de libertad, y fué grande y generoso, y supo vencerse a sí mismo perdonando a sus verdugos... y hoy, a los 64 años de la memorable jornada, el pueblo, siempre bravo, siempre heroico, al regar con lágrimas de entusiasmo el consagrado terreno de la Moncloa, el perímetro sobre que se alza el obelisco del campo de la lealtad, hoy... se apresta a la lucha también, porque hoy soplan vientos de reacción en España, en Madrid se agitan los enemigos de nuestra nacionalidad y nuestra independencia, y a sus puertas se organizan turbas absolutistas para engrosar las facciones que en la Península abundan.

Dos de Mayo de 1808! época famosa, gloriosa efeméride de nuestra resurrección nacional y política.

Dos de Mayo de 1872! época triste, momento de gran expectación en la era nueva, triste presagio de contingencias próximas, amargo recelo de desengaños inmediatos, esfinge indecifrable a los que de fé política carecen.

No nos sojuzgará ya el extranjero, no, nunca; digámoslo con altivez.

No perderemos la libertad, no, nunca; digámoslo con valentía.

¡Pero ah! los que nuestros hermanos eran, nuestros enemigos son; los que a la libertad odiaron en el Calvario que ha recorrido durante 23 años, pretenden colocarla hoy.

Economicemos lágrimas y augurios en el gran día para Madrid y España; economicemos recuerdos y presentimientos.

¡Dos de Mayo de 1808! Triunfó el pueblo

que martirizó Murat. ¡Bendita sea la memoria del gran día!

Dos de Mayo de 1872! Vivimos y esperamos; a la batalla en nombre de la heroica fecha; a la batalla en nombre de la nación; a la batalla en nombre de la libertad; matemós la superstición; enterremos el absolutismo para siempre; peleemos contra los armados defensores del derecho divino; libremos al país de la guerra civil; arriba los liberales como un solo hombre, arriba los buenos, todo por España, todo por la libertad, todo para las creadas instituciones por la fuerza revolucionaria, todo para el pueblo español.

Adoración y gloria a la famosa fecha: Dos de Mayo de 1808.

Ardimiento, bravura y entusiasmo contra los enemigos de la libertad, en la fecha que debemos hacer famosa por nuestro patriotismo.

Dos de Mayo de 1872.

## EL DÍA DOS DE MAYO.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo Del miserable que, esquivando el suño, Profundas penas en silencio gime, No desdices mi voz; letal belfo Presta a mis sienes, y en tu horror sublime Empapada la ardiente fantasía, Dá a mi pincel fatídicos colores, Con que el tremendo día Trace al fulgor de vengadora tea, Y el odio irrite de la patria mia, Y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora Mano del tiempo le arrojó al Averno; Mas quién el sempiterno Clamor con que los ecos importuna La madre España, en entusado arreo, Podrá atajar? Junto al sepulcro frío, Al pávido lucir de opaca luna, Entre cipreses fúnebres la veo; Trémula, yerta y desecado el manto, Los ojos moribundos Al cielo vuelvo; que le oculta el llanto. Roto y sin brillo el cetro de dos mundos Yace entre el polvo, y el leon guerrero Lanza a sus pies suspiro lastimero.

¡Ay! que cual débil planta Que agota en su furor horrible viento, De víctimas sin cuento Lloró la destrucción Mántra afilida! Yo vi, yo vi su juventud florida Correr inerme al huésped ominoso; Mas ¿qué su generoso Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo, En quien su honor y su defensa fia, La condenó al cuchillo.

¡Quién jay! la alevoa, La horrible asociación habrá que cuente, Que hollando de amistad los santos fueros Hizo furioso en la defensa gente Ese tropel de tigres cancheros? Por las henchidas calles Gritando se despeña La infame turba que abrigó en su seno. Rueda allí rechinando la culeña, Acá retumba el espantoso trueno, Allí el joven lozano, El mendigo infeliz, el venerable Sacerdote pacífico, el anciano Que con su arada faz respeto imprime, Juntos amarra su dogal tirano. En balde, en balde gime De los duros satélites en torno La triste madre, la afilida esposa Con doliente clamor; la pavorosa fatal descarga suena, Que a luto y llanto eterno la condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago! ¡Cuántos ayes do quier! Desapavorido Miras ese infeliz Quejarse al adalid empuernido De otra cuadrilla atroz. ¡Ay! ¿Qué te hicie? Escuchame el triste en lágrimas deshecho; Mi pan y mi mansion partí contigo, Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho, Templé tu sed y me llamé tu amigo. ¿O pagar podrás nuestro hospedaje Sincero, franco, sin doblez ni engaño, Con dura muerte y con indigno ultraje? ¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego! El monstruo infame a su ministro mira, Y con tremenda voz gritando: ¡Fuego! Tinto en su sangre el infeliz espira.

Y en tanto, ¿dó se esconden, Dó están, ¡oh! cara patria tus soldados, Que a tu clamor de muerte no responden? Presos, encadenados Por jefes sin honor que, haciendo alarde De su peridia y dolo, A merced de los vándalos te dejan. Como entre hierros el leon, forcejan Con inútil afán; vosotros solos, Fuerte Daoiz, intépido VELARDE, Que osando resistir al gran torrente, Dar supisteis en flor la dulce vida Con firme pecho y con serena frente; Si de mi libre masa Jamás el eco adormeció a tiranos, Ni vil lisonja emponzoñó su aliento, Allí del alto asiento

A que la acción magnánima os eleva, El himno oíd que a vuestro nombre entona, Mientras la fama aliger le lleva, Del mar del hielo a la abrasada zona.

Mas, ¡ay! que en tanto sus funestas alas Por la opres metrópoli tendiendo, La yerma asociación sus plazas cubre! Y al áspero silbar de ardientes balas, Y al ronco son de los preñados bronce, Nuevo fragor y estrépito sucede.

¡Ois cómo rompiendo De moradores tímidos las puertas Caen estallando de los fuertes gonces? ¡Con qué espantoso estruendo, Los dueños buscan, que medrosos huyen! Cuanto encuentran destruyen, Bramando, los atroces foragidos,

Que el robo infame y la matanza ciegan. ¡No veis cual se despliegan, Penetrando en los hondos aposentos, De sangre, y oro, y lágrimas sedientos? Rompen, talan, destruyen Cuanto se ofrece a su sangrienta espada. Aquí, matando al dueño se aborozan, Hieren allí su esposa acongojada; La familia aislada, Yace espirando, y con feroz sonrisa Sorben voraces el fatal tesoro. Sueita a la espada la madeja de oro, Místico el dulce carmin de su megilla Y en su frente marchita la azucena, Con voz turbada y anhelante lloro, De su verdugo ante los pies se humilla Tímida virgen, de amargura llena; Mas con furor de hiena, Alzando el corvo alifange damasquino, Hiende su cuello el bárbaro aseino.

¡Horrible atrocidad...! ¡Treguas, oh Masas Que ya la voz rehusa, Embargada en suspiros, mi garganta! Y en ignominia tanta, ¡Será que rinda el español bizarro La indómica cerviz a la cadena? No; que ya en torno suena De Palas llera el sanguinoso carro, Y el látigo estallante Los caballos flamígeros hostiga. Ya el duro peto y el arnés brillante Visten los fuertes hijos de Pelayo. Fuego arrojó su ruginoso acero; ¡Venganza y guerra! resonó en su tumba; ¡Venganza y guerra! repitió Moncayo; Y al grito heroico que en los aires zumba, ¡Venganza y guerra! claman Túrria y Duero. Guadaquivir guerrero

Alza al bélico son la régia frente, Y del PATRIOTISMO valiente Blandiendo altivo la nudosa lanza Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza! Vosotros, oh infelices Sombras de aquellos que la infiel cuchilla Robó a sus lares, y en fugas gemido Cruzáis los anchos campos de Castilla!

La heroica España, en tanto que al bandido Que a fuego y sangre, de insolencia ciega, Brindó felicidad, a sangre y fuego Le retribuye el don, sabrá piadosa Daros solemne y noble monumento, Allí en padron eructo De oprobio y mengua que perpetuo dure, La vil traición del déspota se lea, Y altar eterno sea Donde todo español, al monstruo jure, Renor de muerte que en sus venas cunda, Y a cien generaciones se difunda.

JUAN NICOLAS GALLEGÓ.

## DOS DE MAYO.

¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas Del fondo mar aborotado bram; Las esplendentes glorias españolas, Su antigua prez, su independencia clama.

Hombres, mujeres, vuela al combate; El volar de sus iras estáll: Sin armas van, pero en sus pechos late Un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles, Con el botín de la venida Europa, Con sangre hasta las cinchas los corceles, En cien campañas veterana tropa.

Los que el rápido Volga ensangrentaron, Los que humillaron a sus pies naciones, Y sobre las pirámides pasaron Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, a sin igual batalla Madrid provoca en su encendida ira; Su pueblo inerme allí entre la metralla Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella La hembra que de destella el corazón; Y a parir con su pecho se atropella El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor glorioso día! Mis padres cuando niño me contaron Sus hechos ¡ay! y en la memoria mis Santos recuerdos de virtud quedaron.

Sobre corceles, troncos y tiras Su orgullo solo y su capricho ley; Hordas de sangre y de conquista avaras, Cada soldado un absoluto rey.

Fijo en España el ojo centellante, El Pireneo salvó pronto el bridon, Al rey de reyes, al audaz gigante Ciegoa canalizar, siguen en monton.

Buscad tras la extranjera bayoneta Seguro a vuestros vidas y muralla, Y siervos viles, a la plebe inquieta Con baja lengua apellidada canalla.

¡Canalla! sí, vosotros los traidores, Los que negais al entusiasmo ardiente Fu gloria, y nunca vuestros los fulgores Con que ilumina la inspirada frente!

¡Canalla! sí, los que en la lid alarde Hicieron de su infame villanía, Disfrutando su espíritu cobarde Con la sana razón segura y fría!

¡Oh! la canalla, la canalla en tanto Arroja el grito de venganza y guerra, Y arrebatada en su entusiasmo o santo Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos Del suelo ensangrentados recogia, Y un nuevo tronco en sus robustos brazos Levantando a su príncipe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano, Huye el cobardo y el traidor se esconden; Truena el cañon, y el grito castellano De independencia y libertad responde.

Id, saludad los héroes de Girona; Alad con ellos el radiante vuelo, Y a los de Zaragoza alta corona Cedid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas, ¡ay! ¡Por qué cuando los ojos brotan Lágrimas de entusiasmo y alegría, Y el alma atropellada aborotada Tantos recuerdos de honra y valentía;

Negra nube en el alma se levanta Que turba y oscurece los sentidos, Fiero dolor el corazón quebranta Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh! Levantad la frente carcomida, Mártires de la gloria, Que aun arde en ella con eterna vida La luz de la victoria!

¡Oh! Levantadla del eterno sueño, Y con el hueco de los ojos fijos,

Contemplad una vez con torvo ceño La vergüenza y baldon de vuestros hijos! Quizá en vosotros donde el fuego arde Del castellano honor, aun sobra vida Para alentar el corazón cobarde Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¡Cuál fué el galardón de vuestro celo De tanta sangre y bárbaro quebranto, De tan heroica lucha y tanto anhelo Tanta virtud y sacrificio tanto?

Y vuestros hijos de la muerte huyeron Y esa sagrada tumba abandonaron. Hollarla, ¡oh Dios! a los franceses vieron Y hollarla a los franceses los dejaron.

Como la mar tempestuosa rugo, La losa, al toque de los cráneos duros, Trono se alzó, con indignado empuje Del galo audaz bajo los pies impuros.

Y aun hoy, hélos allí, que se semblante, Con hipócrita máscara cubrieron, Y a Luis Felipe en su fúnebre suplicante, Ambos brazos imbéciles tendieron.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria, De la antigua hidalguía, Del castellano honor, cuya memoria Solo nos queda hoy día.

Verted juntando las dolientes manos Lágrimas ¡ay! que escalden la megilla; Márges de eterno llanto, castellanos, No bastan a borrar vuestra mancha.

Llorad como mujeres; vuestra lengua No osa lanzar el grito de venganza; Apáticos vivís en tanta mengua Y os causa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor eterno que me inspira El pueblo en torno avergonzado calla; Y estallando las cuerdas de mi lira, Roto también mi corazón estalle.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

## DOS DE MAYO.

Oigo Patria, tu adicción Y escucho el triste concierto que forman tocando a muerto la campana y el cañon: sobre tu invitio pendon miro flotantes crespones, y oigo alzarse otras regiones en estrofas fúnebres, de la Iglesia las plegarias, y del arte las canciones.

Lloras, porque te insultaron los que su amor te ofrecieron... ¡A ti, a quien siempre temieron porque tu gloria admiraron! a ti, por quien se inclinaron los mundos de zona a zona; a ti soberbia matrona que libre de estrado yugo, no has tenido mas verdugo que el peso de tu coronal...

Do quiera la mente mia sus alas rápidas lleva, allí un sepulcro se eleva cantando tu valentía desde la cumbre brava que el sol indio tornasola hasta el Africa, que inmoló sus hijos en torpe guerra, no hay un puñado de tierra sin una tumba española...

Tembló el orbe a tus legiones, y de la espantada esciera sujetaron la carrera las garras de tus leones; nadie humilló tus pendones ni te arrancó la victoria, pues de tu gigantes gloria no cabe el rayo feudo ni en los ámbitos del mundo, ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual cantan tu invicta arrogancia Sagunto, Cádiz, Numancia, Zaragoza y San Marcial; en tu suelo virginal no arraigan extraños fueros... no indomitos y fieros, saben hacer tus vasallos frenos para sus caballos con los cetros extranjeros.

Y aun hubo en la tierra un hombre, que usó profanar tu manto... ¡Espacio falta a mi canto para maldecir su nombre! Sin que el recuerdo me asombre con ansia abrir la historia; presta luz a mi memoria y el mundo y la gloria a coro, oírán el himno sonoro de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición que en su delirio profundo cantando guerra, hizo al mundo se, videro de su nación, hirió al ibero leon, ansia, do a España regir, no le llég a percibir, ébrio de orgullo y poder, que no pudo esclavo ser pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar el sacerdote con ira; ¡guerra! repitió la líra con indómito canto; ¡guerra! gritó al exportar el pueblo que al mudo aterra; y cuando en hispania tierra pasos extraños oyero y hasta las tumbas se abrieron, gritando: ¡Venganza y guerra!

La virgen con patrio ardor ansiosa salta del lecho: el niño bebe en el pecho odio a muerte al invasor, la muerte mata su amor, y cuando calinado está grita al hijo que se va: ¡Pues que la patria lo quiere, lanzate al combate, y muere: tu madre te vengará...

Y suenan patrias canciones cantando santos deberes; y van roncans las mujeres empujando los cañones: al pie de libre pendones el grito de patria zumba; y el rudo cañon retumba, y el vil invasor se aterra y al suelo le falta tierra para cubrir tanta tumba...

Mártires de la lealtad que del honor al arrullo falseis de la patria orgullo y honra de la humanidad... en la tumba decansad, que el valiente pueblo ibero jura con rostro altanero que hasta que España sucumba no pisará vuestra tumba la planta del extranjero.

BERNARDO LOPEZ GARCÍA



## LA TERTULIA.

MADRID 2 DE MAYO DE 1872.

## CRÓNICA PARLAMENTARIA.

No sabemos por dónde comencemos la sesión á que ayer asistimos en el Congreso de los diputados; tal es el cúmulo de incidentes de suma importancia que se agolpa á nuestra memoria al tomar la pluma. Examinemos por partes.

En las primeras horas de la tarde se había propalado la noticia de haber sido detenido el marqués de Alcañices al llegar por la mañana de Francia, siendo conducido preso al juzgado de guardia. Sin embargo, al comenzar la sesión, la detención había cesado. El Gobierno había procedido de esta manera contra el duque de Sexto, suponiéndole conductor á Madrid de las anuncias proclamadas del duque de Montpensier, y de órdenes y medios para realizar un alzamiento militar á nombre de D. Alfonso de Borbon en esta corte y las provincias. No obstante, según hemos oído decir, apenas supo la detención del marqués de Alcañices el marqués de Salamanca, presentóse en casa del general Topete, el cual acompañó al banquero del paseo de Recoletos, á presencia del presidente del Consejo de ministros, y éste dió las oportunas órdenes para la libertad del conde de magnate, antiguo gobernador de esta capital.

Mientras que el Sr. Salamanca daba estos pasos, no dejaba de moverse en el salón de conferencias el Sr. Cánovas del Castillo, que andaba ojeando con extraordinario celo la llegada del Sr. Romero Robledo. Este, luego que supo la pretensión del Sr. Cánovas, é ignorante de la determinación del jefe del ministerio, se escusó de todo punto, protestando que el Gobierno tenía serios comprobantes del objeto que traía á esta capital al marqués de Alcañices; y no bastaban á ablandar sus iras ni las del Sr. Martin Herrera que se les había agregado, los ruegos de los Sres. Cánovas y conde de Toreno, cuando llegó el presidente del Consejo de ministros con la nueva de que el detenido había sido puesto en libertad. Entonces el señor conde de Toreno manifestó al Sr. Sagasta que le haría una pregunta en la sesión pública sobre este suceso, y el Sr. Sagasta, por no negarse á ello, dijo que por su parte no había inconveniente, si el presidente de la Cámara lo permitía. Claro es que este no lo consintió; pero de acuerdo con los individuos del Gabinete de que nos hemos ocupado, se acordó tomar pretexto, para hablar del asunto, de cualquiera de las actas puestas á discusión; y, en efecto, el señor conde de Toreno pidió la palabra para impugnar el dictamen sobre la del Sr. D. Venancio González. El orador trocó contra las elecciones en general, y expresó la opinión de que las actas que pasaban como limpias y sin correctivo de las oposiciones estaban llenas de intolerables irregularidades y atropellos de la ley. Viniendo á la cuestión esencial, objeto de su discurso, protestó contra la falta de seguridad que en las garantías individuales consignadas en la Constitución tienen los ciudadanos, sujetos por meras sospechas á humillaciones como la sufrida por el marqués de Alcañices. No tuvo el Gobierno ni la dignidad, ni el valor de sus actos, y escusóse con decir que ignoraba lo ocurrido con el duque de Sexto; que el juzgado había obrado en virtud de sus propias atribuciones, y que si el duque era inocente, al Gobierno no cabía mas que deplorar el atropello. Como es consiguiente, el señor conde hizo constar que, en vista de las explicaciones del ministerio, el partido conservador en adelante ya sabría á qué atenerse. Para contestar al noble conde, usó de la palabra el Sr. Romero Robledo, y no es necesario decir que, olvidándose del puesto que ocupaba, se propuso hacer en la contestación al templado discurso del orador moderado un verdadero estímulo de *El Norte*.

Antes de este incidente había sido algo curiosa la discusión del acta de Illescas. Impugnó el dictamen el Sr. Torres Mena, é intentó defenderla el diputado electo Sr. Montes, orador novel y de no grandes facultades. Hallando mas fácil el movimiento de sus facciones que el de su lengua para emitir sus pensamientos, usó de una mímica tan persuasiva, que sin que proferiera palabra, cualquiera adivinara en su gesticulación lo que deseaba expresar. No habiendo tenido otra cosa de notable su discurso, diremos, como el mismo Sr. Montes pondría en un suelto de *La Correspondencia*, de que es redactor, este hecho no necesita comentario.

Pasamos por alto el discurso del Sr. Fernandez Lquero, y otros que el del Sr. González Alegre, no están desprovistos de importancia. El interés de la sesión de ayer tarde radicaba en el que el Sr. Castelar había de pronunciar contra el acta de Sevilla, por donde es diputado el Sr. Sagasta, y la expectación general lo esperaba con ansia.

Evidentemente el discurso del Sr. Castelar fué notable en todos conceptos, y si algunos han echado de menos en él la copia de poéticas imágenes con que el ilustre orador de la democracia embellece sus peroraciones, ha abundado en un gran sentido práctico, mas adecuado á la oratoria parlamentaria y á las luchas políticas del Congreso. El Sr. Castelar comenzó negando que el Sr. Sagasta, moralmente, pudiera ser representante de la capital de Andalucía, y prolijamente examinó las coacciones y recelos puestos en juego por el Gobierno en Sevilla para preparar la elección del Sr. Sagasta, la política electoral del Gabinete presidido por éste, y las desastrosas consecuencias á que han dado lugar los abusos electorales y el falseamiento del sistema representativo. Notó la frialdad que reinaba en la Cámara, semejante á la frialdad de la muerte; llamó á los individuos de la mayoría turba ó legión de vencidos; á los de la minoría vencedores por milagro ante la actitud de los elementos oficiales, y estrañó que el señor Sagasta, que tan sólo se encuentra, se obstinara en aislarse mas y mas, y en provocar los conflictos que amenazan á nuestra patria, cuando al orador, que no tiene nada de común con la situación actual, espera lo que puede sobrevenir.

El discurso del Sr. Castelar contenía notabilísimos avisos que, á otros hombres inspirados de un espíritu patriótico que el que anima á los actuales ministros de la Corona, hubieran convidado al menos á reflexionar seriamente sobre la difícilísima situación en que nos hallamos; pero continuando el señor Sagasta en su política aventurera, su osadía le presta ánimo para creerse superior á todas las

contingencias. Por eso con su conducta desatentada, no ha tenido inconveniente en arrojar sobre la patria la guerra civil con todo su cortejo de catástrofes; responsabilidad que, como dijo antes el señor conde de Toreno, solo pesa sobre el actual Gobierno, y que aunque él la acepta en la confianza del triunfo, de todos modos sería éste demasiado costoso para la libertad y para la patria, cuyo reposo es la primera necesidad á que gobiernos mas circunspectos que el actual acudirían. Pero, ¿cómo ha de pensar en los intereses del país el ministro, que como el Sr. Castelar explicaba, tiene que emplear el tiempo que había de dedicar á los intereses y á la administración del país, en buscar un nido á su candidatura oficial, desprovisto de reputación en los distritos de Logroño, Zamora y Madrid que podía tener por naturales? Reducido á la condición de un simple diputado cunero, la violencia, el cohecho, el atropello de toda formalidad y de toda ley, tenían que ser su norma de conducta en el distrito que representa el Sr. Sagasta, por lo cual, aunque los votos de la mayoría sancionaran una votación obtenida por medio de coacciones de todo género, estos votos no darían á su elección la fuerza moral que robustece la alta investidura de representantes del pueblo, sino se reduciría á legitimar los actos de aquel, cuya conducta le ha valido que el clamor popular le llame ya la *degeneración de Gonzales Brabo*. ¿Quién puede llamar faccioso á nadie, si en España no hay mas facciosos que los que hipócritamente se levantan contra la Constitución y las leyes? Decía bien el Sr. Castelar: Logroño, Madrid y Zamora, no han podido menos de rechazar la candidatura del Sr. Sagasta, porque su condenación era la condenación de una política que repugna á la conciencia sana del país.

Los hechos menudos de las elecciones de Sevilla, en otro lugar los hallarán nuestros lectores; demasiado minuciosos y prolijos, no son para referidos en este punto; pero el Sr. Castelar analizaba la manera como el Sr. Sagasta ha entendido desde su principio el sufragio universal, y en aquella desconfianza que el presidente del Consejo de ministros ha tenido siempre de sus eficaces procedimientos, hallaba la razón de su desastrosa conducta. ¿Qué otra cosa representaba y representa la circular auténtica dada á conocer al público por *La Tertulia*?

El Sr. Sagasta, cogido en el lazo de sus indignidades políticas, habló despedido, y no pudo defenderse. Dijo que de su departamento no había salido documento que no hubiera recibido la aprobación de sus colegas en Consejo de ministros; el Sr. Ruiz Zorrilla respondió que la circular á que el señor Castelar se había referido y que se publicó en *La Tertulia*, no fué llevada á dichos Consejos. Negó el Sr. Sagasta en absoluto la existencia de dicha circular, y llamó á renglón seguido indigno al funcionario que, por no ser en la actualidad gobernador, abusaba de documentos que se le habían transmitido á título de secretos, y porque los denunciaba desde la oposición después de haberlos acatado desde el poder.

El Sr. Sagasta no sabía lo que se decía en su orgullo sobreescitado. Desposeído de su inmunidad de diputado, y *La Tertulia* le atestiguará sobre el caso, y quedará dirimida la cuestión de la autenticidad del documento y la del abuso que supone cometido. Mas no está en lo cierto el Sr. Sagasta: él pudo transmitir y transmitió una circular secreta á los gobernadores, que por estar en abierta oposición con las declaraciones oficiales hechas de público por el Gobierno en la *Gaceta*, eran un engaño y una superchería de mal género; además, ¿quién le dice que el funcionario á quien aludieron el orador republicano y el ministro de la Gobernación, le dió cumplimiento? El referido gobernador cuando recibió aquellas instrucciones criminales y absurdas, las creyó ilegales, y cumpliendo con lo que se le ordenaba en las prescripciones de la *Gaceta*, dejó en amplia libertad al cuerpo electoral de la provincia donde ejercía su mando; por lo cual de ocho diputados que se eligieron, dos solos sacó el Gobierno, y estos dos, por su propia fuerza. Compárese conducta á conducta, y véase á qué lado está la indignidad; si al del ministro que engaña al país y á sus compañeros, ó al del funcionario que, despreciando las indicaciones de su jefe, presentó repetidas veces la dimisión de su destino; que no lo fué admitida, y se sujetó á lo que las leyes y la Constitución ordenan. Lo referente á la antigua amistad del Director de *La Tertulia* con el Sr. Sagasta, no hay para qué recordarlo; todos los que han obrado como el Sr. Sagasta con su partido y con sus antiguos amigos, merecen el desprecio de los hombres honrados.

¿Pero qué extraño era que el Sr. Sagasta lanzara una ex-comunión ridícula y grosera contra el director de *La Tertulia*? ¿Salía mejor parado de sus labios el Sr. Castelar? ¡Ah! á falta de razones con que combatir los argumentos del ilustre orador republicano, oponía una crítica áyctea de su discurso; en lugar de justificaciones á los cargos que aquel le había dirigido, negativas pueriles, cuyos alcances á nadie eran desconocidos. Agresivo sin ton ni son, ya hería la dignidad del Sr. Galiana, tratándole con acento despreciativo, y provocando esos tumultos, de que el Sr. Sagasta cree sacar provecho, denunciándolos en ciertas regiones, como síntomas de hostilidad faciosa por parte de las oposiciones; apasionado, violento, impaciente, animado siempre del espíritu de sus rencores envidiosos, con no menores dardos se dirigía á la minoría radical, y muy particularmente al Sr. Ruiz Zorrilla.

Ante cargos tan injustos é inconvenientes, no diremos indignos de un presidente del Consejo de ministros, sino del diputado mas cadete en las lides de la tribuna, el Sr. Ruiz Zorrilla pidió la palabra, y la mayoría, absorta, como si no fuera lícito el derecho de defensa, como si allí nadie debiera hablar mas que el Gobierno para atacar troches moches á colectividades y á individuos con inaudito desafío, produjo un rumor insolente, que causó general reprobación en las tribunas, indignación en los bancos de las minorías, y hasta un fuerte reproche del señor Rios y Rosas contra los autores de aquel murmullo desordenado y grosero.

En una sola persona aquel rumor no tuvo eco, ni provocó disgusto ninguno: en el Sr. Sagasta, que continuó su peroración desatentada, acaso contando con la impunidad bajo el amparo de la rigidez del reglamento vigente. Pero se engaña quien juzga del decoro según por las ceñiduras del propio; el Sr. Galiana llegó en su justa defensa á penetrar hasta en indicaciones de la vida íntima, si impropias de un Parlamento, sensibles sin duda alguna para el señor Sagasta, y el Sr. Ruiz Zorrilla justificó la

conducta de su partido contra todas las murmuraciones, calumnias é indignidades de que en los últimos cuatro meses ha sido objeto, cometidas con intenciones que no son un misterio para nadie.

Llamaba el Sr. Sagasta la atención del Congreso, porque los radicales habían mostrado su sentimiento á ciertas ideas manifestadas por el Sr. Castelar, y el Sr. Ruiz Zorrilla contestaba: ¿qué tiene esto de extraño? ¿acaso no ha hecho lo mismo toda la Cámara? Pero si creéis poder deducir de aquí que los radicales nos identificamos con los republicanos, yo debo declarar que no lo somos, y que espero que no habrá motivos para que mi partido, que ama mucho la libertad, lo sea en el porvenir. Hemos caído uno y otro día, porque habíamos hecho á una altísima autoridad formal promesa de no contribuir por nuestra parte á prolongar la constitución del Congreso; de esta conducta severa y patriótica, se toma hoy pretexto para justificar unas elecciones que no tienen ejemplo en los fastos de nuestra historia constitucional, y por añadidura, viene el señor presidente del Consejo de ministros á snositar estemporáneamente la cuestión de la coalición, y nos dirige cargos á que no es lícito contestar. Pues bien; contra el primer hecho, hemos de oponer este argumento: examinense con detención las actas; descártense todas aquellas que hayan sido producto de la preparación oficial, de las coacciones y de las ilegalidades, y si tal se hace, veremos quiénes son los vencedores. Respecto al segundo punto, añado, solo tengo que manifestar que somos un partido legal y de gobierno, y que en la soledad en que el Sr. Sagasta se encuentra, y en medio de los peligros que le circundan, aun cuando fuera verdad, que no lo es, que el partido radical realizara un movimiento de conversión hacia el republicano, el Sr. Sagasta estaría mas interesado que nadie en negarlo. ¿Son por ventura tantos sus amigos?

El Sr. Ruiz Zorrilla terminó declarando que el partido radical estaba resuelto á combatir á los carlistas con todas sus fuerzas; y como aquí recibiera aplausos de la mayoría, añadió que no por ello dejaría un punto en su oposición á un Gobierno que tenía la responsabilidad de los acontecimientos presentes, y carecía de prestigio para dominarlos; declaración que nuestro ilustre jefe no había tenido necesidad de hacer antes, porque, como dijo elocuentemente, esas declaraciones solo son de absoluta necesidad en quienes tengan con la dinastía de Saboya otros antecedentes que el partido radical.

Si el Sr. Castelar fué oído con gran atención, las palabras del Sr. Ruiz Zorrilla merecieron, si cabe, mayor respeto; es verdad que al pedir la palabra, como ya digimos, una mayoría, á que se ha dado el nombre que le conviene, anteayer por el Sr. Perez Costales, llamándola *Cementerio de Lázaro*, y ayer por el Sr. Torres Mena, comparándola á un *Hospital de sangre* y á una *Casa de Socorro*, promovió un murmullo de mala especie, con indignación hasta de la mesa; pero aun no había hablado el Sr. Sagasta; aun no había dado muestras de su proclividad agresiva; por esto esa misma mayoría, que al principio le fué servil y bajamente aduladora, y que obligó al Sr. Rios y Rosas á imponerse refrenándose, terminó por quedar diseminada y descolocada del discurso del señor Sagasta, que á todo el mundo desagradó.

¡Ah, cuán contrariado se hubiese visto el señor Sagasta en su vanidad pretenciosa, si hubiese podido oír los comentarios que en el salón de conferencias luego sus amigos mas mimados hacían á sus palabras poco meditadas! De incapaz y de inepto le acusaban los que aun con él se disponen á votar, y los mas independientes le juzgaban en términos mas desfavorables. Y en verdad era evidente su injusticia, porque mayoría que acababa de obrar con la falta de respeto, de circunspección y de prudencia que había observado cuando se levantó el Sr. Ruiz Zorrilla, y en varios pasajes del discurso del Sr. Castelar, quedaba desprovista de autoridad para formular críticas sangrientas por pecados que ella no se había guardado de cometer.

No sabemos si es que ya al Sr. Sagasta la fortuna le va volviendo la espalda, como dama caprichosa, y acaso no menos desengañada, que cuantos en este hombre fúnebre depositaron su confianza: los síntomas son de que por todas partes le abandona, y ayer de sus mismas palabras salía la evidencia de su desgracia.

Atacó el Gobierno al partido conservador en la persona del señor conde de Toreno, y éste, vistas las justificaciones que daba á las arbitrariedades ministeriales, profró contra el señor Sagasta y sus secuaces un terrible *Ecco-Homo*, que será dura lección para los conservadores sinceros; quiso amenguar los justos títulos del Sr. Castelar, y por todo resultado consiguió patentizar la diferencia que hay entre el talento y la osadía; pretendió arrojar del campo de la legalidad al partido progresista democrático, y el Sr. Ruiz Zorrilla le hizo entender que, un simple ambicionado de vergüenzas, impetuoso y de insaciable codicia de mando, no basta para desautorizar los nobles sentimientos de un elevado patriotismo; hirió al hombre en la persona del Sr. Galiana, y el hombre le dió lecciones de lo que se debe á la propia dignidad.

Tal ha sido la primer batalla reñida en el Parlamento, y tal la primer derrota moral del ministerio. ¡Ah! no se combate bien, cuando no se traen buenas armas; y los que confían su suerte á los ardores y no á la bondad de la causa que representan, suelen quedar en la estacada con el desdén eterno que sigue á los que no están animados de generosos pensamientos. Pero entretanto que el Sr. Sagasta se obstina en continuar obcecado los senderos de perdición que ha emprendido para la obra revolucionaria y para la misma patria, es doloroso ver que todos, absolutamente todos, sea cual sea el campo donde militan, reconocen una misma causa á nuestros males, y señalan un mismo remedio: y solo el Gobierno, ni quiere reconocer aquella, ni quiere confiar á este la necesaria salud pública, que en sus manos se ha perdido.

Bien decía el Sr. Castelar: el Sr. Sagasta es una *degeneración de Sr. Gonzales Brabo*; pero su ambición, su terquedad, su espíritu rebelde á toda razón, al arrojarnos en el abismo que nos abre, habrá de ocasionar desastres mas terribles que los causados por aquel ciego ministro al régimen que arrastró consigo á su ruina. Y que eso es lo que algunos desean, y que eso es lo que se fragua por mil elementos contrarios á la situación, no hay para qué decirlo, ante el espectáculo que presenta dentro y fuera de Madrid la general perturbación social en que vivimos.

Con razon preguntábamos nosotros ayer refiriéndonos á la alarma que en el vecindario habían espardido la noche anterior las precauciones militares tomadas por el Gobierno, ¿qué pasa? ¿qué sucede? ¿qué se teme? ¿qué peligros nos amenazan? ¿qué catástrofe se nos viene encima?

En efecto; la noche se pasó y nada, absolutamente nada ocurrió que justificase la actitud del Gobierno y demás autoridades, si exceptuamos el hecho de que hubo menos gente en los teatros, menos concurrencia en los cafés, y que el vecindario se recogió mas temprano que de costumbre, merced al aspecto militar que el Gobierno había querido que se le diese á toda ella.

Pero es el caso, que hoy estamos en la misma ignorancia que ayer; sabemos únicamente que anteañoche estuvieron todas las fuerzas de la guarnición sobre las armas, lista la guardia amarilla de revolvers para entrar en campaña, establecidos retenes en cien puntos estratégicos de la población, colocada mala batería en el ministerio de Marina con dos cañones, encendidos las mechas y cargados hasta la boca; los directores de las armas con sus correspondientes escoltas y armados de punta en blanco en el ministerio de la Guerra, tambien dispuestos á la lucha, reunida la Milicia nacional, patrullas en las calles, y en fin, estuvieron en Consejo permanente, desde las siete de la noche hasta las cuatro de la mañana, los señores ministros.

Empero no sabemos mas, supuesto que nada ocurrió que justificase todas estas precauciones, que disculpase esta alarma, todo aquel miedo, y semejantes precauciones.

Lo notable en todo esto, es que el señor gobernador de Madrid, que aunque no sea persona de gran competencia para el mando, tiene gracia de sobra para disculpar esta falta, no se le hubiera ocurrido la oportunidad de dirigirse al vecindario con alguna alocución en que le garantizase el orden, para tranquilizarlo de esa misma alarma que con sus precauciones exageradas estaba causando el Gobierno.

¡Valgame Dios, Sr. Alameda! ¿Cómo no se le ocurrió á V. S., después del *camelo* de los carlistas del Abroñigal, evitar al vecindario de Madrid el que el Gobierno le quiso dar anteañoche?

La verdad es, señores gobernantes, que así no podemos continuar; que estais con vuestro miedo, con el pánico que os produce la intranquilidad de vuestra conciencia, creando una alarma constante en el país, y que esto es preciso que tenga su término, porque de otra suerte va á ser imposible vivir en España mientras vosotros ospeis el poder.

Segun *Las Novedades*, la insurrección carlista no puede decirse que aumenta, por cuanto se halla en un país que está todo sublevado como el de las provincias vascas y la Navarra. Pero señor, ¿habrá forma de que sepamos la verdad con respecto á la insurrección?

Segun dice anoche *El Popular*, el general Serrano ha sido llamado á Madrid, y dice el colega que no quiere hacerse eco de la causa en que se funda este rumor, porque es demasiado grave, y se cree en el deber de acogerlo con reserva.

¿Qué será ello? ¿Cuánto misterio!

La verdad, muchísima verdad, lo que dice nuestro colega *El Pueblo*; aunque el Gobierno y sus órganos en la prensa dan por sofocada la insurrección carlista y por abortado el movimiento republicano, ese mismo Gobierno y esa misma prensa, tienen miedo, como ayer digimos, y de aquí las alarmas constantes que el Gobierno produce; de aquí las precauciones estruendosas; de aquí las medidas extraordinarias; de aquí que los oficiales y jefes no salgan de los cuarteles; de aquí que los cañones se hallen montados en las cuevas, y todo dispuesto para ametrallar al lucero del alba que chiste ó parezca sospechoso.

Esto lo explica perfectamente el colega á que nos referimos. Es que el Gobierno, dice, á pesar de sus sonadas victorias, presente otro género de derrotas... Sabe que todo artificio tiene su fin, y que á toda verdad le llega su hora; sabe que el vacío ahoga, y que los cubiletes no salvan; sabe que contra la opinión no hay poderes, y que contra los ejércitos hay una fuerza incontrastable, que es la de la voluntad nacional.

Un Gobierno que, como el nuestro, no vive de la opinión pública, ni se apoya en la opinión pública, no cuenta para nada con la opinión pública, antes la contradice, es un Gobierno perdido, y, mas ó menos pronto, tiene que venir abajo, como vino el de Gonzalez Brabo, con mucho menos motivo que el del Sr. Sagasta.

*El Diario Español* confiesa que se ha equivocado: creyó que las oposiciones liberales, en vista de eso que ellos mismos califican de una agardada carlista sin importancia y sin condiciones de triunfo, íbamos á pedir á voz en grito que continuase el despotismo gubernamental del Gabinete Sagasta-Romero Robledo, y ha visto que semejante creencia era una ilusión.

En efecto, caro colega: por lo que á nosotros toca, siempre estaremos dispuestos á rechazar el triunfo imposible del tradicionalismo; pero como al mismo tiempo rechazamos el despotismo ministerial de los sagastinos y fronterizos, que, faltando á la Constitución, han declarado en estado de sitio varias provincias, y que, faltando á la ley, suprimen periódicos y de hecho han suspendido las garantías constitucionales, este Gobierno no puede contar con nuestro apoyo, no puede esperar tregua alguna á la guerra que le tenemos declarada dentro del terreno legal, en la prensa, en la tribuna, en todas partes donde la voz de la justicia y las manifestaciones de la opinión puedan ser oídas.

Decididamente el Sr. Malcampo es una calamidad para la Marina. Si el Sr. Malcampo hablara alguna vez, podríamos compararle con el famoso ministro de *Los Diamantes de la Corona*; pero como no habla, diremos de él únicamente que no pone en nada la mano que no lo eche á perder.

Nuestros lectores no habrán olvidado el conflicto que existe entre el Almirantazgo y el Sr. Malcampo, por haberse empeñado éste, contra la ley y el acuerdo de aquel, en ascender al empleo de capitán general de la Armada el Sr. Quesada. Pues bien; ahora, recientemente, ha hecho otra de las auyas el perexoso ministro de Marina. Parece ser que por cuestiones habidas entre el Sr. Malcampo y el comandante general del Departamento de Carta-

gena, Sr. Croquer, ha sido relevado este último de tan importante mando.

¿Qué ha hecho el dignísimo comandante general del departamento de Cartagena para merecer que el ministro de Marina adopte una resolución tan grave? Segun nuestras noticias, no ha hecho otra cosa que negarse á cumplir ciertas órdenes absurdas que el Sr. Croquer consideraba contrarias á su prestigio y á la dignidad de la Marina.

¡Esta lucido el Sr. Malcampo!

Cuando todos los españoles estamos pensando en emigrar, ó en otra cosa, una sociedad, formada por los Sres. Serrano y Bassols, y propiamente colonizar los deshabitados de la Península y de las posesiones ultramarinas.

La idea es oportuna, tan oportuna como el discurso de la corona; es decir, del ministro de Fomento.

Lógica diplomática: Puesto que las columnas que han salido en persecución de las partidas de Despeñaperros no han podido dar con ellas, deben darse estas por estinguídas.

Esto se le ocurre decir al organillo del señor De Blas; y ahora preguntamos: ¿Si nadie ha visto las partidas, de dónde le han venido á *La Independencia* las noticias auténticas acerca del petróleo?

Probablemente de donde le ha venido la lógica al violon del señor ministro en genitivo.

Romero Robledo ha dicho en el Congreso que el señor duque de Sesto había sido detenido en virtud de auto judicial, y después se ha dicho que el Sr. Sagasta le ha mandado poner en libertad.

De aquí se deduce que el Sr. Romero Robledo ha querido probar que en los actos judiciales no interviene el Gobierno; Sagasta se ha encargado de desmentirle.

Así anda todo.

Si por nosotros dice *El Pueblo* que elevamos memoriales para conseguir el poder, podemos asegurarle que no entra eso en nuestra intención.

No es el poder, hoy por hoy, tan apetecible, que por alcanzarle se afanen los que le merecen. Quédesse tal ansia para los que se valen de él de un modo indigno, y solo por medios indignos pueden alcanzarle.

Si hemos dicho que el partido radical podría acaso dominar decorosamente las circunstancias, es porque abrigamos esa creencia, y, abrigándola, no vemos por qué *El Pueblo*, que es verdaderamente liberal, ha de estrañar que emita nuestro pensamiento.

Si el poder puede sernos indiferente, no el estado de angustia en que el país se encuentra. Sentimos, pues, si la cosa va con nosotros, que se nos censure; pero no hemos de retirar nuestra opinión en presencia de censuras infundadas.

*La Independencia Española* quiere que el Gobierno se persiga á sí mismo, puesto que le pide use mucha energía con los que alarman á Madrid, y como el Gobierno, nombrado jefe de las fuerzas de esta guarnición que tienen ya capitán general y ministro de la Guerra, ha alarmado á todos los liberales, ya se sabe que la petición del periódico de los adoquines significa.

¡Que se lo den!

Dice *La Independencia* que los vecinos de Madrid se han convenido por barrios para sostener el orden.

Lo que hay en esto de cierto, es que algunos emisarios sagastinos han procurado proporcionar al Gobierno un apoyo que no merece, alarmándole con noticias falsas é incitándole á defenderse; la farsa ha sido conocida, y los vecinos de Madrid han decidido defenderse y ofender á todo el que atente á la propiedad, pero sin mezclarse en la lucha que algun partido político pudiera sostener contra el Gobierno, interin á combatir á la situación, se limite la profetizada lucha. Y no hay mas.

Por supuesto que estas hipótesis tienen lugar porque los amigos del Gobierno las plantean, que no de otro modo podían circular rumores tan absurdos como los que relativamente á la cuestión de orden público circulan estos días.

Algunos periódicos aseguran saber por conducto oficial, que Cabrera está en Londres y don Carlos de Borbon y su hermano en Suiza.

*La Gaceta* no dice una palabra, y nosotros, que no podemos dudar de la buena fé de nuestros colegas, ni dejar de estrañar el silencio del periódico oficial, sospechamos que el Gobierno dá noticias falsas á los periódicos para causar efecto, y no las inserta en la *Gaceta* para negar que son suyas, si negarlo le es conveniente en alguna ocasión.

Podrá ser nuestra sospecha infundada, pero no es absurda, como comprenderán nuestros lectores.

Personas que habían salido para Andalucía en el tren que llevaba la correspondencia para las Antillas, y que no pudo pasar por Despeñaperros por el siniestro ocurrido en la vía, han regresado á la corte, y dicen que el ferro-carril fué cortado en las Ventas de Cárdenas, y quemadas las estaciones de Santa Elena, Linares y Vilches, con mas el puente de este último punto. Ignoramos si á esta fecha se habrá podido recomponer la vía y si los trenes podrán pasar, pero creemos que no, supuesto que nada dicen sobre esto los periódicos ministeriales, y parece que había dificultades para encontrar gente que trabajase en la recomposición de dicha vía, por temor á la partida que ocasionó el siniestro.

*El Imparcial* y *La Política* vienen ayer deliriosos. El primero de estos colegas asegura que no hay en Madrid petróleo bastante para incendiar la casa del Sr. Sagasta; y añade que, en cambio, hay el cieno suficiente para ahogar los frutos de aquella otra sustancia.

*La Política* se hace cargo de las observaciones del colega, y dice, por su parte, que no sabe lo que es peor, si el petróleo ó el cieno, porque el primero incendia, pero el segundo mancha.

Esos dos periódicos ministeriales que se llamaban *El Argos* y *La Dinastía Popular*, los cuales han desaparecido del estafío de la prensa en estos días refundiéndose en otros del mismo color, son dos denuncias, pero en las cuales no han intervenido ni fiscal ni tribunales, sino solo la opinión pública, que, rechazándolos, ha hecho imposible su existencia, á pesar de







